

Equipo del escalador

D. Fortuna de San Sebastián un grupo de alta montaña (escaladores), por el estilo de los que existen en otras sociedades montaÑeras de importancia como «Peñalara», etc.

Lo que no puede aprobarse nunca ni recomendarse a nadie es, que sin esa previa preparación, material y equipo adecuados y las condiciones de serenidad y sangre fría que son indispensables para que el vértigo no se adueñe de uno, no debe intentarse ninguna escalada por modesta que sea o parezca. En el País Vasco como decimos antes, apenas se han hecho algunos balbuceos de escaladas (Pico Sopeña, Saltari, Ahorcado, etc.) porque en general no se presia la topografía del terreno a la arriesgada práctica del alpinismo acrobático. De ahí que tampoco haya habido víctimas que lamentar y si alguna vez se ha registrado algún accidente de montaña, ha sido debido a causas fortuitas, como por ejemplo, en el caso del desgraciado Bacigalupe, despeñado en el Gorbea a consecuencia de la niebla.

Fué también deplorable el caso del joven Carlos Eduardo Enersen, precipitado en el monte Uzturre de Tolosa, el día 21 de Enero de 1928, más de lamentar por ser hijo único. El indicado joven de 18 años de edad en unión de sus amigos Manolo Tolosa y Fernando Lasúrtegui de parecida edad, salieron de Tolosa un sábado por la tarde en bicicleta, con intención de darse una vuelta por sus alrededores. Pero al pasar cerca del barrio de Santa Lucía, encima del cual se yergue el Uzturre con sus 737 metros de altitud, a uno de los tres se le ocurrió de pronto la idea de que debían de subir a su cumbre, donde meses antes se había erigido una monumental cruz. Y aceptada la sugerencia por los otros y dejando las bicicletas en un caserío, comenzaron a subir monte arriba, con el calzado de calle que llevaban, completamente inadecuado para ello. Y ninguna consecuencia hubieran tenido de haber seguido alguno de los caminos que

Alpinismo Acrobático

Este título puede decirse que no encaja dentro del modesto marco del montañismo vasco, por la poca altitud y naturaleza de las montañas que existen en nuestra región. Por dicho motivo, encontramos inadecuado, que a los que en este país tenemos aficiones montaÑeras y practicamos con alguna intensidad el sano deporte de recorrerlas y hollar sus modestas cumbres, se nos denomine **alpinistas**, cuando lo más lógico y natural es que se nos llame simplemente **montaÑeros**, que es el término más adecuado y en consonancia con la categoría del **montañismo** que practicamos.

No obstante cuando decimos, todas o la mayor parte de las montañas por pequeñas y modestas que parezcan, tienen su parte peligrosa si se les vá a buscar las cosquillas, aunque siguiendo las rutas o caminos normales y corrientes, ninguna de ellas tenga un solo lugar de riesgo y puede afirmarse que pueden alcanzarse todas las cumbres de las montañas del País Vasco, con la misma seguridad y tranquilidad, conque se puede andar en nuestras calles y paseos,

Pero como hay gente para todo y los gustos no son los mismos, siempre hay algún aventurero ávido de experimentar la sensación del peligro y el intenso placer de afrontarlo y dominarlo, atraído por ese morboso placer que seduce y sugestiona cual ningún otro; y si al menos esos tales, reúnen condiciones para el empeño y tienen confianza en sus propias fuerzas y se lanzan a la aventura con todas aquellas precauciones que requiere y exige el riesgo que han de correr, no habríamos de ser nosotros los que lo censurásemos. Recientemente se ha constituido en el Club



Haciendo filigranas en el vacío.

conducen hasta la misma cruz; pero al llegar a la altura del caserío «Egipto», tuvieron la mala ocurrencia, propia de su inexperiencia y la inconsciencia de sus pocos años, de abandonar el camino y tratar de escalar de frente, la enorme roca o conjunto de peñas que forman la cumbre del Uzturre y pasó lo que tenía que ocurrir; que uno de los tres—Carlos Eduardo Enersen—resbalándose debido al calzado de cuero que llevaba sin el menor asomo de clavo, cayó desde una altura de 15 a 20 metros, muriendo a los pocos momentos, a pesar de los solfichos cuidados de los colonos del caserío «Egipto», que inmediatamente se personaron en el lugar de la tragedia, y poco faltó que los otros dos compañeros, asustados por lo que acababan de presenciar, no les pasara lo propio. Esta es la única desgracia que nosotros sepamos acaecida en el País Vasco en muchos años atrás, realizando una ascensión y si la recordamos, es precisamente para que otros jóvenes inexpertos la tengan presente, pues en esa edad peligrosa entre los 15 y 20 años, es cuando con más facilidad se intentan esos actos arriesgados, con la inconsciencia de los pocos años, en que no se ven los peligros, ni se para a considerar las consecuencias funestas que pueden acarrear.

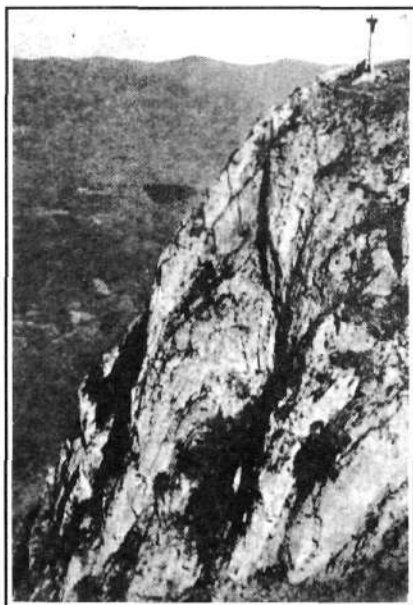
También en Bélgica, un país mucho menos montuoso que el nuestro y de escasas y modestas cumbres, ocurrió sin embargo hace poco más de 2 años otro caso que causó sensación en el mundo entero. En efecto, todos recordarán la noble figura del Rey Alberto I, experimentado alpinista que contaba en su haber muy importantes cimas de los Alpes; el Cervino, el Monte Rosa, la Marmolata, el Grepón, los dos Drus, el Monje, las Dolomitas, el Oberland Bernois fueron sus conquistas. Amante de las cumbres, en ellas hallaba el descanso de sus obligaciones de hombre de Estado. Al pié de ellas en los Alpes Bárbaros, fué donde encontró a la compañera de su vida y madre de sus hijos. Hombre fuerte, enérgico y sencillo, fué amado de su pueblo y conquistó la simpatía de sus adversarios. Y un día aciago—el 17 de Febrero de 1934—después de haber comido en la finca del conde de Grunne en Bonnine, emprendió a pié el regreso hacia el sitio de la carretera donde le esperaba su auto. En el camino, decidió hacer una escalada a las rocas colgadas sobre la carretera de Namur a Lieja, trazada a lo largo de las riberas del Meuse. Este sitio es muy escarpado, formándose allí una torrencera situada entre el paso a nivel y la población de Marche-les-Dames. Una ermita erigida debajo de las rocas, recibe el nombre de «Chapelle du Vieux Bon Dieu»; detrás de ella en un nicho excavado en las peñas encuéntrase un crucifijo. Se supone que una piedra poco segura cayó sobre el rey al agarrarse a ella, arrastrándole en su caída y ocasionándole la muerte por fractura del cráneo. De esa manera terminó la vida del rey—montañero por excelencia.

Y sin embargo, otros consumados alpinistas y escaladores de fama han llegado a viejos y muertos en el lecho, de resultas de alguna enfermedad vulgar, después de haberse dedicado durante años al duro y peligroso deporte que es el alpinismo acrobático.

Hace aún pocos meses, murió a una edad avanzada el notable alpinista italiano Guido Rey, verdadero artista de las escaladas y escritor alpino, creador de la literatura de la alta montaña, cuyos

escritos han deleitado a tantos amantes de las cumbres. Su libro **Alpinismo acrobático** se puede decir que es el punto de partida de un nuevo género de literatura hasta entonces desconocido. Y de ahí que nos haya parecido oportuno encabezar con dicho título este modesto trabajo, como homenaje al gran escalador y escritor italiano.

En la traducción francesa de dicho libro, por el Comandante Gallard, dice este



El monte Uzturre con la cruz erigida en su cima.



Los protagonistas de la tragedia del monte Uzturre. De izquierda a derecha: Fernando Lasurtegui, Eduardo Enersen y Manolo Tolosa.

Sr. en su Prólogo entre otras cosas lo siguiente:

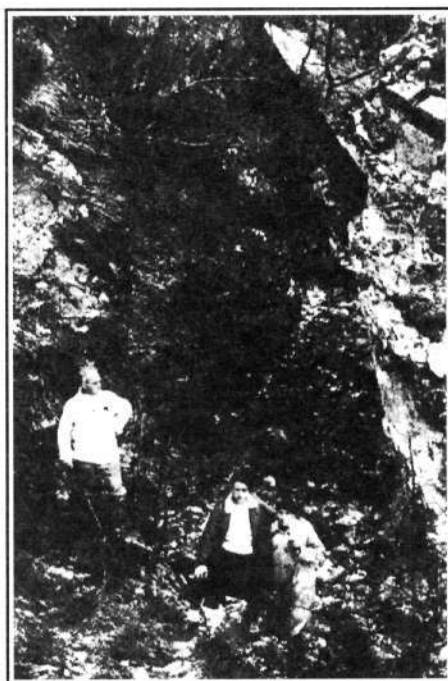
«Toda forma de alpinismo es bella en sí y recomendable, si se halla en relación con las fuerzas del que lo practica. En materia de sport-me excuso de emplear un término tan mezquino hablando de una pasión tan bella-todo es según los medios de que se dispone. Lo que basta a unos, no es suficiente a otros. No nos apresuremos pues a condenar la manera audaz con que ciertas personas emplean su sobrante de actividad. Otorguémosles beligerancia y juzguemos los resultados. Y cuando se trate de ese alpinismo acrobático tan difamado, veamos primeramente las impresiones recogidas en esas aventuradas expediciones, donde el cuerpo vuelve más sano y el espíritu más alerta, con los que el hombre adquiere esta gran fuerza; la confianza en sí mismo y reservemos nuestro juicio hasta que podamos pesar todos estos beneficios».



Rezando un responso ante la lapida colocada en memoria de Enersen, muy cerca del lugar donde murió despeñado.

«Tregar murallas rocosas de flancos desesperadamente lisos y abruptos; escalar paredes gigantes, donde las dificultades aumentan al mismo tiempo que el abismo se abre bajo los pies; volver a subir interminables pasillos de nieve negra, dura como el hierro; ascender como los des-hollinadores por las estrechas chimeneas que se desploman en en el vacío; atravesar cornisas menos anchas que la mano, encima de abismos insondables y elevarse a golpe de «piolet» laboriosa y pacientemente a lo largo de los glaciares suspendidos; hacer en una palabra lo que no está permitido más que a un volátil, he aquí el ideal de los alpinistas de vanguardia de hoy en día, que parecerá a la crítica de algunos, acrobacia pura, una verdadera locura».

«Tregar murallas rocosas de flancos desesperadamente lisos y abruptos; escalar paredes gigantes, donde las dificultades aumentan al mismo tiempo que el abismo se abre bajo los pies; volver a subir interminables pasillos de nieve negra, dura como el hierro; ascender como los des-hollinadores por las estrechas chimeneas que se desploman en en el vacío; atravesar cornisas menos anchas que la mano, encima de abismos insondables y elevarse a golpe de «piolet» laboriosa y pacientemente a lo largo de los glaciares suspendidos; hacer en una palabra lo que no está permitido más que a un volátil, he aquí el ideal de los alpinistas de vanguardia de hoy en día, que parecerá a la crítica de algunos, acrobacia pura, una verdadera locura».



Sitio donde cayó el desgraciado Enersen. Esta foto fué obtenida a los pocos días del accidente, viendose en ella a los conocidos montañeros Antxón Bandrés Presidente en aquél entonces de la «F. V. de A.»; Felix Larrañaga, Presidente de la Delegación de Guipúzcoa y Carlos Linazasoro.

El libro de Guido Rey combate victoriosamente este punto de vista. Cerrando el libro el lector pensará-sin ningún género de duda-con el autor, que «para cometer ciertas locuras, conviene tener un cerebro perfectamente equilibrado».

A.

